

Quebranto germinal

Carlos Ocampo

La Cultura en México, Siempre!

29 de mayo, 1991

El año pasado (1990) Pilar Medina estrenó su más reciente obra coreográfica en el contexto del Segundo Gran Festival de la Ciudad de México, la apuesta cultural por antonomasia, de este sexenio (Carlos Salinas de Gortari). Misa en ti deberá ser revisada de nuevo en otra oportunidad: la danza, como expresión artística sujeta al tiempo, se aprehende poco a poco; en la medida que resulta posible apreciar una coreografía más veces, mayor el goce que proporciona y más profunda la comprensión de sus características peculiares. El arte no se entrega fácilmente: con lentitud despliega ante el espectador los aspectos menos evidentes de la creación. De ahí que se le agradezca a la admirable solista y coreografía que es Pilar Medina la reposición de una pieza mayor: Bodas de quebranto.

Según sus propios comentarios, las cuatro danzas que articulan la obra completa –hoy enriquecida con un segmento más extraído de su trabajo Entrega inmediata– (Y querer oler a sal, A tu tierra lluvia, Ese oscuro encanto del deseo, Entre café y café y Quebranto) significaron la consolidación de un vocabulario particular. En efecto, si uno las mira con detenimiento, más allá del primer impacto que ejercen sobre quien contempla el desarrollo y la aparición de movimientos y recursos impensados hasta antes, resultará factible elaborar una especie de inventario de los procedimientos expresivos que impregnan la labor de Pilar Medina.

De acuerdo con la versión que la artista ejecutó en el Teatro de la Danza en el ciclo Mudanzas, Bodas del quebranto relata o, mejor aún, describe a cinco mujeres diferentes en otros tantos momentos de sus vidas. Cinco mujeres y una sola a la vez; cinco sensibilidades y estados de ánimo; cinco atmósferas y climas sonoros. De la sensualidad difuminada en un mar invisible hasta la pesadumbre absoluta del desamor; del candor y la espontaneidad de raíces terrenales al divertimento leve y la densidad del deseo postergado, recordado, hasta la exasperación. Desandemos, pues, el camino de la danza de Medina para elaborar un rápido glosario dancístico.

En primer término vale la pena destacar el uso que hace de un reducido pero evocador mundo objetual. Una silla o una mecedora se convierten en puertos de partida y arribo, ámbitos de donde se desprende la bailarina para dibujar un itinerario específico. Una mesa es, de forma simultánea, lecho y prisión: escenario mínimo en el que se desgaja la mujer acribillada por el amor. Con estos pocos elementos la creadora ensambla soportes y marcos para sus personajes. El resto corre a cargo del vestuario y algunos accesorios que, en sus manos, incrementan su valor expresivo. De los vestidos de anchurosas faldas que ella convierte en remolinos de lumbre o de agua y que lo mismo se adhieren a su cuerpo que se doblan sobre

sí para transformarse en otro atavío, a los mantones o rebozos metamorfoseados en sudarios o en niños de pecho. Un paraguas negro, el abanico color mandarina, una manzana... objetos todos de una absoluta sencillez dotados de significación gracias a la voluntad de la coreógrafa. Pero entre esta acumulación de objetos destacan, más que cualquiera, las zapatillas: enormes zuecos de madera con los que una dama zapatea como Charlot despreocupado; los suntuosos zapatos negros de tacón alto bañados por la luz que susurran y gimen al compás de Satie o que, extraviados, hacen cojear a su portadora: tacones negros, receptáculos de todos los deseos, lechos de abanicos mustios; instrumentos musicales que tensan la duela con canciones para piano zapateadas cuando se ha extinguido la música; zapatillas que enfundan un par de pies desconocedores de la fatiga. La bailarina es, sobre todo, su calzado. Y lo es en tanto que sus zapatos poseen un peso semántico inexpugnable.

Por otro lado está el cuerpo de Pilar Medina: su más refinado instrumento. Un cuerpo que conoce la disciplina férrea del flamenco, los recovecos de la expresividad corporal y las fisuras de esa inusitada libertad que propicia el flujo de frescura en medio del rigor de la técnica. Un cuerpo que de pronto es sólo pies o manos o cabellos o rostro o torso y luego un todo integrado de nuevo; un cuerpo que se desdobra en su tránsito al gemido, a la oración y al tarareo. Un cuerpo que dosifica, con sabiduría, desplantes, gestos mínimos o vértigo de movimientos incesantes. Medina no desdeña ninguna de las posibilidades que su propio continente corporal le ofrece una vez que ha explorado cada una de las potencialidades que posee. Ella usa lo que le apetece de acuerdo con sus propios fines. Decanta con su arsenal de gestos una personalidad o un temperamento irrepetibles. Conmueve. Emociona. Deja pasmado a quien la contempla. Seduce sin tregua.

Y todo este conjunto crece sobre una trama sonora que entrevera música –exactamente la que ella requiere–, sonidos naturales que recrean y citan la imagen de los elementos naturales, voces y efectos que en la oscuridad conducen al público de un espacio virtual a otro. En este tejido el silencio cobra un gran valor: es el espacio que nos revela a la bailarina en óptimo uso de sus facultades, a la danzante que sólo con luz y sangre modela un sentimiento. Porque la luz contribuye, de manera decisiva, a redondear el efecto general de la obra. Los flujos luminosos deslindan áreas de privilegio; esbozan cárceles y texturas visuales; enfatizan emociones, abaten sitios clausurados o tienden caminos; señalan y destacan fragmentos del cuerpo. La luz, en la obra de Medina, equivale al color en un lienzo pictórico, su danza es el dibujo y el cromatismo lumínico el campo que lo acoge. Las limitaciones técnicas del Teatro de la Danza obligaron a que, en esta temporada, Pilar contara con un equipo de iluminación apenas suficiente. De entre el regocijo que depara este nuevo rencuentro con sus Bodas del quebranto, se añora la impecable luminotecnia que la ha arropado en otras oportunidades. Ello, no obstante la limitación, acicatea a la intérprete que, arrojada, asume el peso de la pieza con su propio cuerpo. No sólo la creadora vuelve de vez en vez a esa obra germinal; su público también se sumerge en ella para redescubrirla lleno de gozo.